

VILLA GRIMALDI
(CUARTEL TERRANOVA):
PARQUE DEL TERROR, DEL RECUERDO Y DE LA PAZ

I

Entre 1974 y 1978, también era posible sentir el rumor de los árboles exóticos de ésta Villa, el perfume de sus flores y los rayos de sol deslizándose entre el follaje. Podía uno preguntarse por sus antiguos dueños o habitantes, por esas aristocráticas familias que, a comienzos de siglo, la construyeron, o más tarde la habitaron y se solazaron por sus terrazas y avenidas. Uno podía percibir, flotando, imágenes o reflejos de esa paz aristocrática de otros tiempos. Resabios históricos. Memorias de otras décadas.

En la tensa paz de esos años, la Villa reponía en el aire las siluetas de su pasado. Los escorzos sociales de su identidad original que, como aromáticos fantasmas, se filtraban a veces hasta nosotros. Hasta nuestras celdas. Bajo nuestras vendas. Contrastando nuestra angustia. Sobrecogiéndonos de estupor.

Pero luego los jardines estallaban en horror. Los árboles se estremecían con ecos desgarradores, semiahogados gritos de muerte, carreras, golpes, voces de mando, música estridente. Y ya no eran siluetas blancas del pasado, sino fantasmas ciegos del presente.

Y no era la vida apacible del 1900, sino un enloquecimiento de muerte de nuestra propia vida. Y no era sólo que la locura y la muerte girara en torno nuestro, sino que a nosotros mismos nos estaban convirtiendo en peligro de muerte para nuestros compañeros y seres más queridos. Como si allí, en ese jardín de rosas y estatuas, la vida misma la estuviesen convirtiendo en traición a la vida. En un riesgo inminente para la amistad, la camaradería, la dignidad, el sentido de la existencia y de la historia; tanto, que nos obligaba a morir para salvar la vida...

¿Qué había ocurrido o qué estaba ocurriendo? ¿Qué locura inaudita había entrado en 1974, como tromba, devastadoramente, en ese jardín de 1900? ¿Qué fuerza o poder irracional nos había arrastrado hasta allí, clavándose en nuestra propia carne y nuestra propia identidad, para invertir y destruir, de modo horroroso, el sentido natural y humano de las cosas y los valores? ¿Qué vesania social llenó de cajones, catres de fierro, cadenas y artefactos de tortura las umbrías avenidas e itálicas construcciones de un parque hecho para la vida apacible?

Entre 1974 y 1978, fue ése el nuevo presente histórico de la Villa. Eramos otros escorzos, otras siluetas, llenándola, poblándola. Adhiriéndonos a ella, también, para siempre: éramos sus nuevos fantasmas. Eramos nosotros mismos, aterrorizados y enceguecidos. Y porque éramos nosotros mismos, no nos podemos olvidar.

...Porque la verdadera paz se construye desde el pasado y con los recuerdos que constituyen la propia identidad.

Hoy, la Villa tiene otro presente: es un parque arrasado. Algunos han querido matar sus fantasmas, borrar los recuerdos colectivos, olvidar la historia. Pero nosotros, hoy, aquí, no podemos, no queremos, no debemos olvidar. Pues, si olvidáramos, olvidaríamos nuestra propia identidad, sepultaríamos la camaradería, el protagonismo social de la historia, el derecho a vivir la solidaridad hasta las últimas consecuencias. Si olvidáramos, cerraríamos los ojos para dejar desatada la locura bestial que aquí arrasó, entre 1974 y 1978, no sólo los jardines, sino la misma humanidad.

No queremos olvidar. Pues cada rincón de esta Villa arrasada está densamente poblada de siluetas y fantasmas contrastantes de amor a la vida y terrores de muerte; de solidaridades y angustias; de búsquedas de utopía y justicia y prácticas de tortura y violación de toda ley. Todo eso lo vivimos, y de todo ello somos testigos. No podemos ni queremos olvidar ese terror, ni podemos ni queremos olvidar la solidaridad que allí y entonces se vivió, porque el recuerdo permanente de ambos, lo sabemos, constituye el material indispensable para construir un futuro mejor para todos.

¿Cómo olvidar, por ejemplo,

"al guatón Romo saliendo de la sala de la parrilla con las manos llenas de sangre, lavándose en el barril donde sumergían la cabeza de los detenidos y de donde también sacaban agua para darnos de beber, reclamando porque la compañera que estaban torturando estaba en sus días de menstruación"?

O ese mismo individuo señalando: "te amarraré los testículos y te colgaré de ese árbol, como hicimos con Carlos Lorca".

¿Debemos olvidar a Marta Ugarte, detenida en este lugar en agosto de 1976, que fué encontrada en una playa cerca de La Ligua con un alambre en torno al cuello, con múltiples fracturas por haber sido arrojada de una altura considerable, con las uñas arrancadas, con otras múltiples señales de tortura ?

¿Cómo olvidar al Negro Cortés, que cayó en el norte, cuando esposado y con grillos lo tiraron en el patio adoquinado frente a la casona, y le pasaron varias veces la camioneta por encima de sus piernas? ¿Cómo olvidar "el chirrido de los frenos y sus gritos desesperados cuando trituraban sus piernas"?

¿Quién querría olvidar a Jaime Ignacio Ossa, poeta, dramaturgo y profesor de Literatura de la Universidad Católica, cuando era parrillado en la sala de tortura del costado sur, hasta que, "se les había muerto de un infarto luego de habersele suministrado agua", y sabiendo que, después de muerto, le pasaron una camioneta por encima de su cuerpo para luego declarar que, en un "intento de suicidio", se había tirado a las ruedas del vehículo?

¿Y quién que haya estado allí la noche del 18 al 19 de noviembre de 1975 osaría olvidarse, a pretexto de una vaga "razón de Estado" o de alguna cándida propuesta de reconciliación, de los gritos atroces que los torturadores arrancaron esa noche a los miembros de las familias Gallardo y Gangas, al golpearlos salvajemente y quemarlos con líquidos ardientes en el jardín, frente a la celda de los presos? ¿Podría uno borrar la imagen de los cadáveres que, con terror, por debajo de nuestras vendas, divisamos en la mañana del día 19 cuando, antes de que gritaran contraorden, nos conducían en fila india al baño de los presos?

Quien haya sobrevivido a eso, ya no podrá olvidar, aunque quisiera. No hay amnesia, ni natural ni decretada, para eso. Porque la sensación de estar atado desnudo y ciego a un catre de fierro, con cuatro, cinco o más hombres y mujeres inclinados hacia tí, golpeándote, insultándote, quemándote, vejándote, electrocutándote a medias para poder seguir al siguiente día, esforzándose para que tú, si te quebrabas, transfirieras el dolor y la muerte, desde tu propia carne y tu propia conciencia, hacia tus camaradas y seres más queridos, es una experiencia directa de la locura extrema a que puede llegar el hombre contra su misma humanidad. Es un sistema de poder o una fuerza irracional que existió y existe, que se desarrolló y se desarrolla en nuestro país, encarnada y oculta en muchos chilenos que la disimulan hablando de modernización o cosas parecidas, caminando por las calles como ciudadanos ejemplares, supuestamente poseídos de amor a la patria y sus semejantes. Porque esa locura o fuerza irracional no puede permanecer, ni encubierta, ni impune, ni libre para desatarse sobre la historia, ni disimulada por ninguna institución o consenso. Porque los ingenuos deseos de reconciliación y reparación no prevalecerán contra ella.

... Porque la verdadera paz sólo se alcanzará desenmascarando la bestialidad dondequiera que se esconda. Identificando a aquellos en los que se disimula. Juzgando a los hombres y cambiando los sistemas que la cobijan, la esgrimen a mansalva, y la ejecutan.

III

Todos los discursos de poder nos enseñaban, antes de 1970, que Chile era un modelo de estabilidad democrática. Que éramos un verdadero ejemplo, en América Latina y aún en el mundo, de respeto a la ley y a la institucionalidad. Que debíamos sentirnos orgullosos de nuestros estadistas, de nuestros jefes militares, de nuestros jueces, porque daban muestras palmarias de civilidad democrática, racionalidad y juridicidad. Que, en Chile, el sistema democrático constituía no sólo un aparato formal, sino una cultura profundamente internalizada, una manera de ser arraigada. Una identidad definitiva.

El "modelo" democrático, llegado 1973, fue aventado en pedazos. La Constitución de 1925, tan elogiada y defendida pero al mismo tiempo tan inútil, murió al primer disparo. Los jefes militares demostraron de inmediato que podían desplegar, contra sus propios compatriotas y conciudadanos, sin ninguna inhibición jurídica, todos los horrores profesionales de la guerra sucia. Los estadistas civiles, haciendo cálculos sobre su propio futuro, guardaron prudente silencio. Y los jueces, repentinamente enceguecidos, dejaron hacer, y dejaron pasar. La ley y la institucionalidad no protegieron a nadie. El sistema democrático no pudo detener, pese a su fama y prestigio, la bestialidad que se desató por calles, hogares y jardines: las fuerzas ocultas de la historia eran y fueron, sin duda, más fuertes que él.

Cabe reflexionar, pues, sobre cuánto valen el Estado, los jueces y la ley, frente a la historia. Sobre qué bases puede asegurar el ciudadano su vida, su futuro, su paz, cuando el Estado, los jueces y la ley han demostrado no ser lo que son o lo que alguna vez dijeron ser.

Cuando el ciudadano ha sido enseñado, a golpes, a desconfiar de las "estructuras sociales", sólo puede continuar confiando en sí mismo, tratando de ser él, exclusivamente, el protagonista central de la historia. Cómo único insobornable portador de los derechos sociales a la plena humanidad.

...Porque la verdadera paz consiste en reconocer la historia en toda su cruda verdad, y en posesionarse por sí mismo de todos los derechos que hacen del hombre y la mujer verdaderos actores de su historia.

IV

Esta conclusión, sin embargo, no es nueva en Chile. Los pobres de este país la han concluido para sí mismos muchas veces, desde hace varios siglos. Pues saben qué, ocurra lo que ocurra en las superestructuras de la ley y el Estado, ellos tendrán que ser los indelegables actores históricos de su propia pobreza y de su propia marginación. Para ellos, las locuras que engendra el poder no son cosa de un verano, o de 17 años, sino de generaciones. Ni la viven concentrada de golpe en un jardín de 1900, sino lentamente, por gotas, en su propio hogar. Hundidos en esos lentos torrentes de historia social que reptan bajo la retórica de la sociedad "modelo" que antaño fuimos y que hoy, según se nos dice, seguimos siendo.

No nos engañemos: los derechos humanos no sólo se violan cuando se tortura y se masaca, en lugares como esta Villa, a miles de militantes atrevidos que conciben la "terrorista" locura de desafiar políticamente la ley, los jueces y el Estado, nido permanente de los peores "poderes fácticos", a nombre de los pobres o a nombre de una utópica sociedad mejor. Pues también se violan, y mucho más, cuando se mantiene, a lo largo de tres siglos, a la mitad de la nación sumida en la pobreza, en la exclusión y a menudo en la represión. Pues ni la ley ni el Estado prohíben la pobreza ni la exclusión, ni luchan contra ellas con la misma furia que, más a menudo que lo que se cree, luchan contra la humanidad que se rebela contra esa situación.

V

Hoy se nos dice: "todo aquello fue dolorosamente necesario para ser el modelo que de nuevo somos como sociedad". Que, por lo mismo, sólo cabe develar la verdad "en la medida de lo posible", y luego, olvidar. Porque, nos guste o no, dimos al mundo una lección de cómo se debe luchar contra el marxismo y de cómo construir un eficiente modelo neoliberal.

Que ahora, con orgullo, podemos decir que somos "los fenicios" de América Latina: un ejemplo de nación mercantil abierta sin restricciones a todo el mundo. Todo lo cual vendría a demostrar que las "razones pragmáticas de Estado" valen más, a la larga, que todo el griterío de los que "enloquecimos" luchando por los trasnochados derechos del pueblo. De modo que esas "razones", en último análisis, o sea, según la medición de su impacto real, están por encima de los derechos humanos.

Hoy, nadie osaría proclamar la supremacía de las razones de Estado por sobre los derechos humanos de quienes creen que tienen derecho a la historia. Sin embargo, los que una vez creyeron eso y dijeron desembozadamente eso, están todavía allí, creyéndolo, pero en silencio. Atentos, agazapados detrás de la ley y la institucionalidad; vistiendo uniforme o ropaje civil y maneras de civilidad, pero con sus poderes fácticos intactos.

No podemos seguir evaluando históricamente el terrorismo de Estado sólo en función de que logró la expansión de nuestras relaciones económicas externas, sino también por su impacto real en la subjetividad de los chilenos y en su sentido histórico del presente y del futuro. Lo primero no puede hacer ignorar lo segundo. Pues los "efectos sociales y familiares" del terror, como dice la Comisión Rettig, permanecen en el largo plazo, y existen, de diversas formas, hasta hoy. Y persistirán hasta mañana. Los procesos históricos no olvidan.

...Y la verdadera paz no se construye con relaciones mercantiles, sino con relaciones humanas. No acumulando ganancias obsesivamente, sino, humanizando solidariamente hasta el último de nuestros semejantes.

Es necesario culturizar a la masa ciudadana total de este país (no sólo a los niños y a los civiles), pero en el sentido preciso de que todos aprendan a tomar decisiones, a administrar servicios públicos, a controlar

todo poder representativo, a des-militarizar y des-materializar la sociedad; a ser, en suma, seres solidarios, plenos ciudadanos participativos. De manera que no quede nadie en condición de esconder armas en la manga para sacar cuando se pierda el juego ante competidores más humanos o más deprivados.

...Porque la verdadera paz sólo se consigue cuando todos formamos una comunidad participativa, abierta y dialogante, transparente y solidaria, sin poderes escondidos bajo las formalidades de una ley.

VI

Hoy, que estamos de nuevo aquí, podemos decir: la paz no es un simple parque, ni novecentista ni arrasado. No es un símbolo, una paloma blanca o una bandera o un discurso jurídico o patriótico. Ni puede ser un simple modelo retórico de reconciliación para las generaciones del siglo XXI. Este Parque por la Paz, será la representación de todos los lugares de tortura y detención que existieron durante la dictadura.

Porque la paz es, primero que nada, un recuerdo solidario de permanente humanidad. La presencia permanente de ese amigo sonriente que se jugó por sus ideales y murió aquí mismo, masacrado por el terror y por un Estado enloquecido. Pero la paz es también el recuerdo de la bestia que se esconde y que, a mansalva, reaparece.

Porque la paz es, también, denuncia, investigación, justicia, solidaridad. Es el empeño ineludible e intransable de saber el destino de niños, mujeres y hombres que fueron hechos desaparecer o fueron asesinados.

Porque la paz no se construye sólo en la ley o desde el Estado, sino, sobre todo, en las acciones concretas, en los hechos. Es decir, en la historia. Donde todos podemos ser verdaderos actores. Donde, por ser tales, podemos culturizar todos los poderes, incluso el de nosotros mismos, para así dominar las bestias que se ocultan en los sistemas sociales, evitando que escapen al control directo del ciudadano.

Las siluetas de las compañeras y los compañeros que anidan en los rincones de este parque arrasado, nos ayudarán, ahora y siempre, a construir la verdadera paz.

Santiago, diciembre 10 de 1994